Turbulencia

Aline Pettersson
Ciudad de México, 1938

Preso, el poeta se mira sitiado
en su epidermis,
pero ¿dónde más se traza la frontera,
los límites del cuerpo?

El tejido es dique
para una turbulencia sin medida.
Ese interior que la contiene
se dilata al roce de otra piel,
a la caricia de otros ojos.

Porque el tiempo forjado en las entrañas
es ciego y grande
el apremio del deseo
en un ahora que se posa
sobre las visibles heridas del trayecto.

Es sólo que la piel se encrespa
sin medir su ruina,
sin mitigar la distancia
entre su tiempo donde palpita
una juventud extinta
y el tiempo.

Los poros se conmueven
y se rizan
cuando de pronto llueve en ellos.
Lluvia que antes avivó
la sed de un tacto
voraz y renovado.

La piel prosigue con ridícula ignorancia
eludiendo contemplar las grietas.
Carne que ha dejado atrás
la prieta dureza de sus formas.